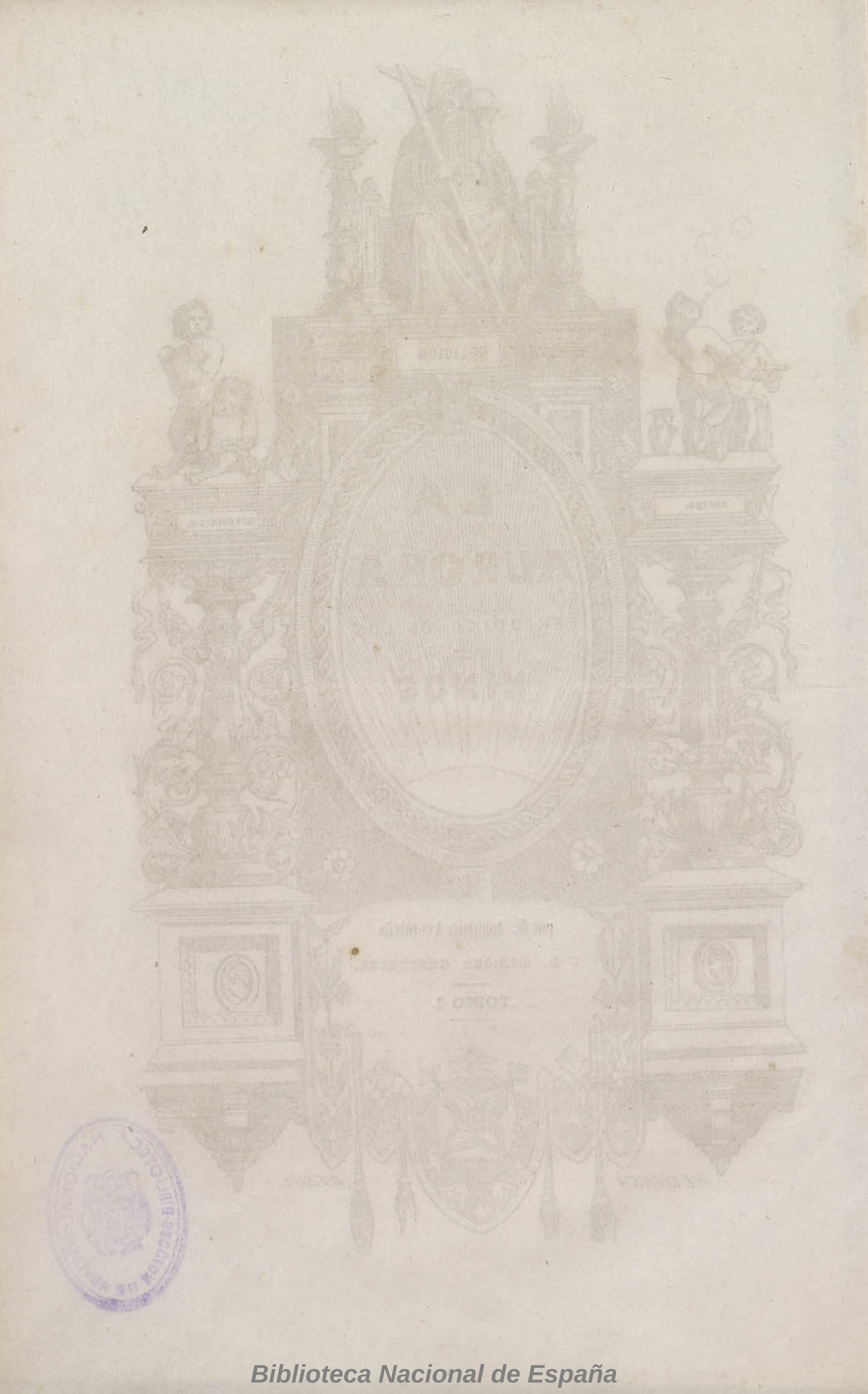

RELIGION
RECREO.
INSTRUCCION.
LA
AURORA
PERIODICO DE LOS
NIÑOS
por D. Joaquin Avendaño
Y D. MARIANO CARDERERA.
TOMO I.
ALGARRA



INDICE.

NÚMERO I.

NÚMERO II.

NÚMERO III.

NÚMERO IV.

NÚMERO V.

NÚMERO VI.

NÚMERO VII.

NÚMERO VIII.

NÚMERO IX.

NÚMERO X.

NÚMERO XI.

NÚMERO XII.

FIN.

Avila: D. Fausto Aguado y D. Valentin Mediero. *Badajoz:* D. Gerónimo Orduña y D. Joaquin Lopez Patiño. *Barcarrota (Badajoz):* D. Juan Cipriano Roanes. *Barcelona:* D. Manuel Saurí, D. Salvador Malet y don Miguel Rispa. *Bilbao:* Sres. Delmas é hijo y D. Francisco Sanchez Serrano. *Búrgos:* D. Ambrosio Ervias y D. Antonio Luis de Muxica. *Betanzos (Coruña):* D. Juan Francisco Rodriguez Ocampo. *Baeza (Jaen):* don Manuel Alambra. *(Cáceres):* Sres. Concha y compañía, D. José Valiente y D. Rafael Sanchez Cumplido. *Cádiz:* D. Juan Vidal y D. Cándido Sanchez de Bustamante. *Coruña:* D. José Maria Perez y D. Antonio Maria de la Iglesia. *Córdoba:* D. Juan Manté, D. Miguel Garrido y D. José Benito Sanchez de Pando. *Cartagena:* D. Benito Moreno y D. Luis Bris. *Cuenca:* D. Pedro Mariana, D. Juan Jimeno y D. Cárlos Yeves. *Ciudad-Real:* D. Victoriano Malagilla y D. José P. Clemente. *Castellon:* D. Domingo Maria Molés. *Cuevas de Vera (Almería):* D. Antonio Carmona. *Daroca (Zaragoza):* D. Pascual Senac. *Estepa:* D. Rafael Tapia. *Ecija:* D. Antonio Alonso. *Estella (Pamplona):* D. Javier Zumarren. *Fonz (Huesca):* D. Joaquin Tomás Catalan. *Gerona:* D. Paciano Torres y don Gabriel Esteve. *Granada:* D. José Fernandez de Segura, D. Mariano Tejada, D. Manuel Sanz, D. Miguel Gimenez Urbina, D. José Maria Zamora y D. Gerónimo Alonso. *Guadalajara:* D. Juan Marcha y D. Urbano Minguez. *Genave:* D. Pablo José Garrido. *Hinojosa (Córdoba):* D. Manuel Cuadrado y Aranda. *Huelva:* D. José Reyes y Moreno y D. Justo Garrido. *Huesca:* D. Zacarías Calleja y D. José Ruiz. *Jaen:* D. José Sacristan y D. Manuel Ruiz Romero. *Lerma (Burgos):* D. Victor Moreno. *Leon:* Viuda de Miñon y D. Gregorio Pedrosa Gomez. *Lérida:* D. José Sol, D. Crescencio Maria Molés y D. Francisco Gonzalez. *Lugo:* D. Manuel Soto Freire y D. Tomás Luciano Carreira. *Logroño:* D. Domingo Ruiz y D. Angel Regil. *Labastida (Vitoria):* D. Marcos de Torrealba. *Madrid:* Redaccion, Alcalá, 37, tercero. Bailly-Baillière: Príncipe, 11. Librería de Gonzalez: plaza Mayor, 26. *Málaga:* D. Francisco de Moya, D. Agustin Herrero y D. Salvador La-Chica. *Murcia:* D. Tomás Benito Andrion y D. Fernando Morote. *Mallorca:* D. Francisco de Paula Torrens. *Mahon:* D. Domingo Orfila. *Moron (Sevilla):* D. José Diaz Labandero. *Molina de Aragon:* D. Bernabé Marío. *Navalmoral de la Mata:* don Luis Codina. *Orense:* D. Manuel Gomez Novoa y D. Anastasio Mojares. *Oviedo:* D. Basilio Lopez y D. Rafael Cornelio Fernandez. *Orihuela:* don José Guilló. *Oña (Burgos):* D. Cirilo Colina. *Palma:* Sres. Rullan hermanos. *Pamplona;* Sres. Longas y Ripa, D. Miguel Lopez Estrada y D. Antonio Mayóz. *Palencia:* D. Gerónimo Camazon y D. José Alonso Rodriguez. *Pontevedra:* D. Juan Cubeiro y D. Ramon Nuñez Pazos. *Puebla de Hijar:* D. Vicente Carnicer. *Pedroso (Cáceres):* D. Ramon Lopez Verde. *Palafrugell:* D. Juan Llavia y Serra. *Porrera (Tarragona):* D. Agustin Domingo y Cano. *Reus:* D. Angel Camí. *Ronda:* Sres. Moreti y Gutier-

rez. *Santiago:* Sres. Sanchez y Rua, D. Francisco de la Iglesia y D. Sebastian Rubido. *Salamanca:* D. Luis Nata, D. Mariano Alegría y D. Francisco Rodriguez del Castillo. *Santander:* D. Agustin Trifon Pintado, don Clemente Maria Riesgo y D. Cipriano Leon y Robledo. *Sevilla:* D. Francisco Arbaleya, D. Juan Antonio Fé, D. Juan Arcenegui y D. Pedro Sanchez. *Segovia:* D. José Aguado y D. Manuel Hernando. *San Sebastian:* D. Pio Barroja. *Soria:* D. Francisco Perez Rioja y D. Mariano Carramiñana. *Santaella (Córdoba):* D. Francisco de Paula Aguayo. *Tarragona:* Sres. Montero, Puigrubí y Canals, D. Jaime Anglés y D. Manuel Marquesi. *Toledo:* D. Severiano Lopez Pando, D. Cayetano Martin y Oñate y D. Braulio Francisco Encinas. *Tafalla (Pamplona):* D. Rafael Satué. *Tolosa:* D. Juan P. Gilabert. *Tremp (Lérida):* D. Ambrosio Perez. *Trebujena (Cádiz):* D. Francisco de Cia. *Teruel:* D. Miguel Villarroya. *Valladolid:* D. Eustaquio Montero y compañía, D. Mariano Sanchez Ocaña y D. Simon Anacleto Aranda. *Valencia:* D. Francisco Mateu Garin, D. Domingo Aguirre y D. Salvador Herraiz. *Valencia del Ventoso:* D. Fernando Saenz Misfut. *Vitoria:* D. Andres Gonzalez, D. Bernardino Robles y D. Julian de Ordozgoiti. *Velez Benandalla:* D. José Lopez Arias. *Zamora:* D. José Garcia Pimentel y D. Faustino del Llano y Merás. *Zaragoza:* Sra. Viuda de Heredia, D. Miguel de Sureda, D. Juan Llavia y Serra y D. Jacinto Madurga.

Los que gusten entenderse directamente con la administracion, se dirigirán á la misma en *carta franca* y acompañando letra de *fácil cobro* por valor de la suscricion.

Los que quieran dirigirse á la administracion, lo harán bajo el sobre siguiente:

A la administracion de *La Revista de instruccion primaria* y *La Aurora*, calle de Alcalá, núm. 37, cuarto tercero, en Madrid.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Madrid.	Provincias.
Por un año.	18	20
Por seis meses.	10	12
Por tres idem.	6	8
Por uno idem.	2	no se admite.
Coleccion de *La Aurora*, con portada é indice, 1 tomo.	22	24
Idem para los suscritores al año actual.	18	20

Madrid: 1852.—Imp. de A. Vicente. Lavapies, 10.



A LOS NIÑOS.

Al comenzar La Aurora sus tareas, se dirige á vosotros para indicaros la senda que piensa seguir. Hallaréisla trazada en estas tres palabras: virtud, ciencia, trabajo. Hé aqui, amables lectores, lo que La Aurora desea de vosotros. La Aurora va á ser la amiga leal de la niñez. Como buena amiga os dirá la verdad. Vosotros la complacereis siguiendo sus consejos; consejos que procurará poner á vuestro todavia débil alcance. Ya lo sabeis. La Aurora quiere que apreciеis en su justo valor la virtud, la ciencia, el trabajo.

Dios, queridos mios, que nada hace sin designio, impuso al hombre el trabajo como condicion indispensable de su existencia. Mirad en torno vuestro: la naturaleza entera os revelará este mandato. Nada está ocioso en el mundo; todo se mueve. La accion es la vida de los seres: el sistema de los mundos está basado en el movimiento. La tierra se mueve bajo nuestros pies: los dias se suceden á las noches: las estaciones renuevan con el movimiento todo el aspecto de la naturaleza, cuya accion es continua. El trabajo, queridos, es el progreso; sin trabajo todo se paraliza. La vida de las flores como la del hombre termina por la inaccion. El trabajo mantiene en vigor las fuerzas del cuerpo como las del alma. El hombre ocioso es un verdadero autómata. Sus fuerzas físicas se

enervan ; su inteligencia se apaga. Sin esfuerzo nada obtendremos. Asi nuestros placeres como nuestras necesidades han de satisfacerse con el trabajo. La salud misma no se conserva sin el ejercicio muscular. Todo decae con la inaccion y la ociosidad : hasta el hombre de genio se pone al nivel del hombre vulgar.—¿Quereis saber en resúmen la suerte que espera al ocioso? Degradacion de carácter, pérdida de intereses, desórden en sus negocios, falta de estimacion y confianza. De esta manera se hace insensiblemente inútil para sí mismo y para los demas, y se encuentra inferior á muchos de sus compañeros, que jamás le hubieran alcanzado, si cumpliendo el decreto de la Providencia, no hubiera abandonado el trabajo.

Pero este primer elemento de la vida necesita un guia : este guia es la CIENCIA. La ciencia, amigos mios, hace agradable el trabajo, le dulcifica, minora y hace fructífero. Los vestidos que nos sirven de abrigo y de gala, la casa que nos cobija, todos los objetos en fin de las artes y de la industria son hijos de la ciencia. La ciencia edifica los templos donde se adora la divinidad, los palacios de los reyes y la cabaña del pobre. Por la ciencia surca el hombre los mares y cruza la atmósfera. Todas las invenciones útiles son hijas de la ciencia: el labrador, el comerciante, el obrero, hallan en la ciencia el perfeccionamiento indefinido de sus ocupaciones. Nada sin la ciencia ; todo por ella. La ciencia es la que nos hace verdaderamente superiores á los demas animales y nos acerca á la divinidad. Aspirad, queridos niños, á la ciencia: el trabajo y el estudio os la proporcionarán.

Sin embargo, ni la ciencia ni el trabajo os conducirán á la verdadera felicidad sin la VIRTUD. La virtud es el cumplimiento de nuestros deberes. El hombre tiene deberes que cumplir para consigo mismo, para con sus semejantes y para con Dios. La virtud consiste en el cumplimiento de estos deberes. El trabajo es estéril, la ciencia humo, sin la virtud. Si la ciencia es una aspiracion hácia la divinidad, la virtud es un destello de la misma. Pero la razon, queridos niños, es flaca y débil, y no puede iluminarnos suficientemente sin el auxilio divino. La palabra de Dios es la que mejor nos enseña las virtudes que hemos de practicar. Esta palabra la hemos de recibir con un corazon bueno, sincero, esto es, con respeto y atencion, con amor y reconocimiento, y con deseo vivísimo de aprovecharnos de ella. Es necesario conservarla, aplicarla á todos nuestros pensamientos y acciones para practicar cuanto nos enseñe y ordene, y para perseverar y velar incesantemente en evitar el mal y hacer el bien. Si asi lo verificáreis, queridos niños, la virtud se arraigará en vuestros corazones, estareis ante Dios en este mundo, y gozareis de su presencia en el cielo. Para conseguirlo tomad por guia la RELIGION ; pues del mismo modo que la naturaleza nos enseña el trabajo, y el estudio la ciencia, solo la religion puede enseñarnos la virtud. A.



PIO IX.

RASGO DE PIO IX.

Cuanto mas encumbrada sea la posicion que ocupeis en el mundo, queridos niños; cuanto mas abundantes beneficios hayais recibido de la bondad infinita de Dios, á quien sois deudores de todos los bienes y felicidades, tanto mayor obligacion tendreis de socorrer al necesitado y aliviar sus penas.

Por desgracia, muchos y repetidos ejemplos os habrán enseñado, y os enseñarán aun en el curso de la vida, cuán fácilmente se olvidan estas obligaciones. ¿Pero creereis acaso que el poderoso no se compadece del que sufre? ¿Creereis que si pudiese penetrar las miserias y privaciones del necesitado, no se apresuraria á remediarlas? Si asi lo creyéseis, padeceríais un error, aunque disculpable por vuestra edad y falta de experiencia: en el fondo del corazon del hombre hay un sentimiento vivo y profundo que nos impulsa á dolernos de la desgracia y á socorrerla en cuanto podamos, y junto á este sentimiento está escrito de una manera indeleble el deber de obrar asi.

El poderoso no se apiada del pobre, no enjuga las lágrimas del que llora, no da de comer al hambriento, no cura las llagas del que padece, porque no llegan á sus oidos las quejas del dolor, porque, al que toda la vida le ha sonreido la felicidad, no le es fácil apreciar toda la intensidad, todo el rigor del sufrimiento. ¿Os acordais vosotros de los males que aflijen á un amigo ó compañero cuando disfrutais los placeres de vuestros infantiles juegos? ¿Os acordais que hay infelices en el mundo, los cuales no pueden llevar á su boca un pedazo de pan, mientras que comprais juguetes que os han de cansar al dia siguiente?

¿Pero qué os sucede al ver á un pobre anciano, encorvado por los años y los achaques, mendigando su miserable sustento? ¿Qué sentís á la vista de una infeliz mujer que lleva en los brazos un niño flaco y macilento, imágen viva de la necesidad y la miseria? ¿No experimentais en vuestro interior un sentimiento de lástima y de caridad irresistible que os obliga á desprenderos de las golosinas con que alterais vuestra salud, del pan con que satisfaceis vuestro apetito, y aun del vestido que os sirve de abrigo, para dar algun consuelo á aquel ser afligido y desgraciado? Sí, esto es lo que os sucede, y cediendo á tan caritativo impulso, disfrutais luego un placer puro, tan grande como inexplicable, cual es el de hacer bien. Si compren-

diéseis el dolor y la afliccion ds una madre que no puede alimentar á su hijo, si os formáseis idea de las penas que abruman y martirizan á infinitos desgraciados, os privaríais hasta de lo que mas amais, para aliviarlos.

Como vosotros, todos los hombres tienen corazon; todos se duelen de la miseria cuando se presenta á su vista, si se exceptúan algunos pocos desalmados cuyos vicios y malas pasiones oprimen y ahogan su sensibilidad. ¿Pues por qué no consuelan al afligido y socorren al menesteroso? me direis. Porque la felicidad del que puede socorrerlos embarga sus potencias; porque el brillo que lo rodea deslumbra sus ojos; porque la lisonja atruena sus oidos, y no piensa en que haya infelices, no ve los sufrimientos, ni oye el llanto y los gemidos.

Pensar en el que padece mientras se disfruta del placer y la alegría, es una virtud rara; abandonar los goces que nos halagan y lisonjean para consolar en la oscuridad y el silencio al afligido, para socorrer en secreto al que sufre, es una virtud sublime, y á veces heróica. No faltan sin embargo hechos de esta clase, como os convencerá el rasgo de Pio IX. ¿Pero sabeis quién es Pio IX? Yo os lo diré.

Pio IX es el rey de un corto Estado, y al mismo tiempo es el rey, el gefe de todos los católicos, que forman un Estado que se dilata por todos los ángulos del mundo. Pio IX es el sucesor de San Pedro, la cabeza visible de la Iglesia; en fin, el soberano Pontífice, que es mas que todos los reyes, pues que las magestades de la tierra doblan la rodilla en su presencia. Ahora comprendereis bien todo el valor de lo que os voy á referir.

«Por los años de 1824, atravesaba las calles de Roma una comitiva triste y silenciosa, acompañando al suplicio á un infeliz acusado de conspirador y condenado á la pena capital. Era este un jóven de 17 años, de fisonomía simpática, llamado Gaetano, que en medio de aquel terrible é imponente aparato conservaba toda su serenidad y se acercaba á la muerte resignado. Acertó á pasar un eclesiástico por casualidad, y al observar la juventud, y sobre todo la resignacion del sentenciado, no pudo menos de conmoverse profundamente. Movido de caridad cristiana, corre hácia el Vaticano, implora encarecidamente el perdon del sentenciado, y no pudiendo resistirse el papa á tan apremiantes ruegos, concede la vida á Gaetano, conmutando la pena de muerte por la de prision perpétua.

Veinte y dos años mas tarde presentaba Roma un aspecto enteramente distinto: todo era fiesta y regocijo para celebrar la exaltacion de Pio IX al sólio pontificio. En medio de aquella general alegria, sin embargo, no todos eran felices, pues que las cárceles del castillo de San Angelo encerraban infinidad de presos políticos. Entre estos, el mas digno de lástima era uno que sumergido en las tinieblas de un oscuro calabozo,

habia pasado veinte y dos años privado de toda comunicacion con los seres vivientes. Nuestros tiernos lectores habrán adivinado el nombre del desgraciado Gaetano. En efecto, cargado de cadenas, exánime y desfallecido, sufria con resignacion tan largos padecimientos, sin noticias de su familia, sin haber oido una palabra acerca de su suerte desde que fué encerrado en aquel sepulcro.

Inquieto y desasosegado escuchaba los clamores que resonaban confusamente en la ciudad, cuando por uno de aquellos designios inescrutables de la Providencia, un eclesiástico, el mismo que le habia salvado la vida, abre la puerta del calabozo. Al ver un sacerdote en su presencia, tiembla el preso y pregunta con voz débil y entrecortada: «¿Qué me quereis?

—Vengo á informaros de la salud de vuestra madre.»

Al oir tan dulce nombre, exclama el pobre Gaetano. ¡Madre mia! ¡Ah! vive todavía: ¡bendito sea Dios!

—Sí, vive, y me envia á daros la esperanza de un porvenir mejor.»

Ebrio de alegria se arroja Gaetano en los brazos del eclesiástico, quien le estrecha contra su corazon. «Dios se ha apiadado de mí, exclama, pues que me envia un ángel de consuelo!»

Pasados los primeros instantes de tan tierna escena, refirió el desgraciado jóven la historia de sus veinte y dos años de sufrimientos, sin una voz amiga que regocijase su corazon, sin un rayo de sol que reanimase su helada frente.

«¿Por qué no habeis escrito al soberano pontífice, implorando su perdon? le dijo el eclesiástico. Bastante habeis expiado una falta cometida á los 17 años!»

—Ya he escrito; pero no han tenido contestacion mis cartas.

—Escribid otra vez.

—No llegaria mi carta á manos de Gregorio XVI.

—Gregorio XVI no existe: escribid á su sucesor.

—Es en vano, porque el ódio de mis enemigos se interpondrá entre su sucesor y un pobre preso.

—Se dice que Pio IX es bueno: escribid á Pio IX.

—¿Quién llevará mi carta?

—Uno de los carceleros del castillo de San Angelo.

—No, padre mio, porque soy pobre, y los servicios se venden muy caros en las cárceles.

—La llevaré yo mismo; escribid; hé aquí papel y un lapiz.»

El preso escribió una carta sin amargura, llena de buenos sentimientos, y la entregó al eclesiástico.

«Muy bien: antes de la tarde habrá leido el Papa esta carta. Adios, amigo mio; tened confianza en Dios; rogadle por Pio IX, y no perdais la esperanza.»

En este momento entraba el carcelero furioso: «¡Por vida mia! decia,

mirando á su reloj; la habeis hecho buena, señor eclesiástico: os he dado permiso para una hora, y ha pasado ya una hora y quince segundos; ea, punto en boca y fuera.

—No jureis asi: ¡si lo supiera el Papa!.....

El carcelero respondió á esta especie de amenaza con una frase italiana, que traducida literalmente dice asi: El papa se rie de mí como yo me rio de él.

—No teneis razon: Pio IX aprecia á todo el mundo y no se burla de nadie. ¿Cómo os llamais?

—¿Y que os importa? Fuera, fuera pronto.»

Salió el eclesiástico y dirigióse á la habitacion del gobernador del castillo. El gobernador se hallaba de tan mal humor como el carcelero: «otro importuno mas, dijo al ver al eclesiástico: ¿qué quereis? decid pronto, que estoy muy ocupado.

—Vengo á pediros la libertad del preso Gaetano.

—¿Os burlais? no sabeis que solo el Papa tiene derecho de concederle el perdon?

—Lo sé, y en nombre del Papa me dirijo á vos.

—¿Y la prueba?

—Aquí está.» En esto el buen eclesiástico, tomando una pluma, escribio rápidamente á continuacion de la carta del preso:

1.° En vista de la presente órden, el gobernador del castillo de San Angelo franquerá al instante las puertas del susodicho castillo al preso Gaetano.

2.° El gobernador del castillo dispondrá inmediatamente lo necesario para el reemplazo del carcelero en gefe.—Firmado: *Pio*, Papa.

Puesto en libertad Gaetano dirigió precipitadamente sus pasos hácia el Quirinal para preguntar al papa el nombre de su bienhechor. «Vuestro bienhechor, no, le dijo Pio IX; vuestro querido padre, sí, soy yo!....»

Despues de veinte y dos años pudo derramar Gaetano una lágrima por primera vez, pero una lágrima ardiente de felicidad y gratitud.»

¿Qué os ha parecido, queridos niños, esta anécdota? ¿Os hubiérais acordado de los desgraciados, como se acordó Pio IX, en aquellos momentos de satisfaccion y de gloria? ¿Hubiérais cerrado los oidos á aquellas manifestaciones de entusiasmo, para escuchar el llanto y los suspiros del sufrimiento, para recorrer las prisiones del castillo de San Angelo y consolar á los afligidos?

Tened presente, queridos, en vuestra memoria lo que acabo de referiros. Si alguna vez os hallais rodeados del fausto, de la ostentacion, de la autoridad, no olvideis que están gimiendo muchos de vuestros semejantes; imitad á Pio IX. Si no podeis dar la libertad, si no podeis sacar á un infeliz del cadalso, un pedazo de pan, una corta limosna, una palabra de consuelo, basta á veces para salvar la vida de un hombre. M.

LA OBEDIENCIA.



El cura D..... tenia á su cuidado la educacion de dos niños de tierna edad. Acostumbraba á darles cada mañana una leccion de moral, apoyada en un ejemplo de las Sagradas Escrituras. En una de estas lecciones, dijo asi á sus dos discípulos.

—Dios, queridos mios, nos ha preceptuado la obediencia y la sumision para con nuestros superiores.

¿Pero sabeis lo que se entiende por superiores?—Aquellos cuya edad, experiencia, mérito y autoridad les coloca en un lugar mas elevado que nosotros. Por si dudais todavía de la superioridad real de las personas que poseen estas cualidades, os lo probaré con un ejemplo. Si por acaso os presentaran una fértil tierra, plantada de hermosos árboles y un terreno seco y pedregoso, que nada produjera, ¿cuál elegiríais?—Es indudable que preferirías la primera, porque os proporcionaria abundantes mieses y excelentes frutos, mientras que la otra no os recompensaria el trabajo que os tomaseis en cultivarla. La una seria superior á la otra. Del mismo modo, los hombres son los unos superiores á los otros. Los que tienen mas edad, mas experiencia, mas talento, mas instruccion; los que son mas hábiles, y por consiguiente mas útiles á la sociedad; y especialmente, aquellos que poseen mejores virtudes, tienen una superioridad marcada,que es necesario reconocer. Por eso se les elige para ocupar los primeros puestos, para instruir, aconsejar y gobernar á los demas. Reconocereis ahora sin trabajo, que siendo vosotros débiles niños, apenas salidos de la cuna, no podeis todavía poseer las cualidades de la superioridad, y por consiguiente, casi cuantos os rodean os serán superiores. En este concepto, comprendereis que la obediencia es una de las principales virtudes de la infancia. Esta virtud, queridos, es una de las mas agradables á Dios; en prueba de ello, os recitaré un pasaje de la Sagrada Escritura, que no os dejará lugar á duda. Prestadme atencion.

—Abraham, uno de los patriarcas, queria á su hijo Isaac con igual ternura que vuestros padres, que os han confiado á mi cuidado, para haceros buenos é ilustrados, os quieren á vosotros. Queriendo Dios poner á prueba la obediencia del que habia elegido para padre de su pueblo, le llamó y dijo: ¡Abraham! ¡Abraham!—Héme aquí, Señor, á vuestras órdenes, contestó el patriarca.—Toma tu hijo, le contestó el Señor, y vete á la tierra de *Vision*, y sacrifícale en holocausto sobre la montaña que yo te indicaré.

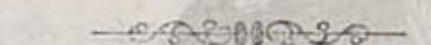
Abraham nada replicó; pero levantándose antes de la aurora, tomó su asno, y acompañado de dos de sus siervos y de su hijo Isaac, se encaminó hácia el lugar designado por el Señor, llevando ademas consigo la leña que le habia de servir para el sacrificio. Al tercer dia de marcha, percibiendo á lo lejos la montaña, dijo á sus dos domésticos: «Esperadme aqui: yo y mi hijo iremos juntos á aquella montaña, y luego que hayamos consumado el sacrificio y alabado á Dios, nos reuniremos de nuevo á vosotros. Abraham cargó sobre los hombros de su hijo Isaac la leña para el holocausto, cogió el cuchillo, encendió el fuego, y emprendieron su marcha. Entonces le dijo Isaac: Padre mio, tenemos leña y fuego, pero carecemos de víctima para el sacrificio.—Dios proveerá, replicó Abraham. Pero cuando hubieron llegado á lo alto de la montaña, levantado el altar y dispuesto la leña para el sacrificio, dijo Abraham: Hijo mio, tú eres la víctima destinada al sacrificio, porque Dios me lo ha mandado.—Hágase su santa voluntad, replicó Isaac: Dios me ha dado la vida, y debo dársela puesto que la quiere. Abraham entonces, no menos resignado y obediente que su hijo, le ató, colocó sobre la pira, y



levantó el cuchillo para inmolarle; pero al mismo tiempo oyóse una voz divina y aparecióse un ángel que decia: ¡Abraham! ¡Abraham! no mates

á tu hijo. Dios está satisfecho de tu obediencia. En este momento, volviendo Abraham los ojos, distinguió un cordero detenido por las astas en una mata: apoderóse de él, y le sacrificó en holocausto en lugar de su hijo. Dios recompensó esta admirable resignacion. La divina voz se dejó oir de nuevo, y dijo á Abraham: «Yo os bendigo. Multiplicaré tu raza, como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Tu posteridad poseerá los puertos de sus enemigos, y todas las naciones de la tierra serán bendecidas EN AQUEL QUE SALDRA DE TÍ, puesto que tú has sido obediente á mi voz.» Abraham y su hijo se reunieron á sus dos domésticos, y marcharon juntos para Bersabé, donde habitaban. La promesa del Señor fué cumplida.

El hecho que acabo de referiros, os demuestra, queridos mios, cuán grata es la obediencia al Señor, el cual no deja nunca las virtudes sin recompensa en esta tierra ó en el cielo. Sed pues obedientes, en lo cual no solo me complacereis á mí y á vuestros padres, á quienes sois deudores de tantos cuidados y desvelos, sino á vuestro padre espiritual, que nos impuso la obediencia como precepto. R.

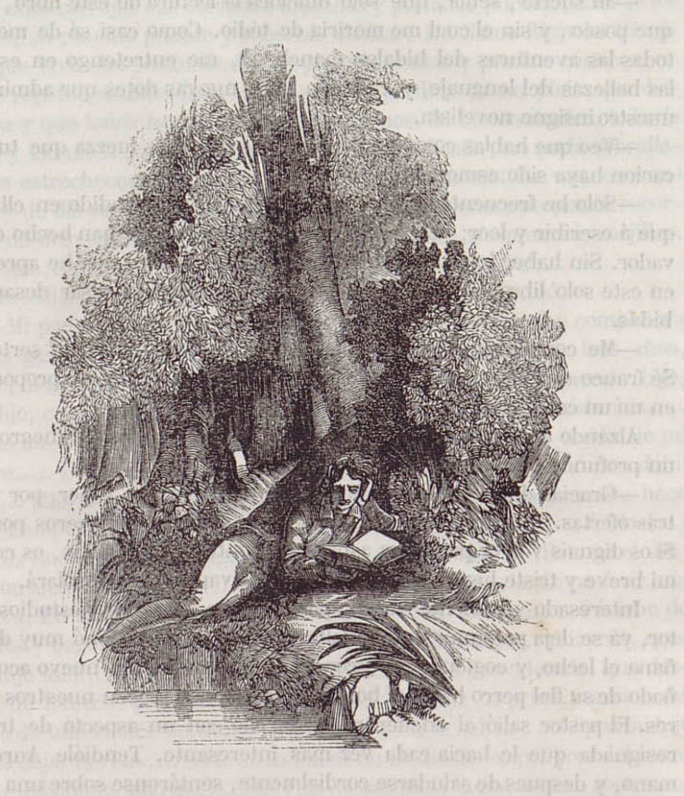


RICARDO,

Ó LA UTILIDAD DE LA LECTURA.

Al amanecer del dia 24 de diciembre del año de 1824 salió Aurelio de su bonita casa de campo, que sobre la márgen derecha del Tajo poseia. Llevaba una linda escopeta de caza, y un hermosísimo galgo iba delante de sí olfateando cuantas matas se presentaban á su vista. Distraido caminó al azar largo trecho hasta que se encontró en una espesísima selva. Quiso entonces detenerse, pero prefirió continuar el camino por medio de aquel intrincado laberinto. Saltando aqui un arroyo, trepando alli una musgosa peña y apartando á cada paso espesas malezas, hallóse por fin en una larga y ondulosa pradera. Pacian en ella muchos rebaños de blancas y pintadas ovejas; pero no se divisaba por toda aquella vastísima alfombra de verdura un solo ser humano que guardara aquellos rebaños. Echando entonces una vaga mirada á su alrededor, dirigió nuestro cazador sus pasos hácia un espeso y frondoso bosquecillo. Apenas se habia internado algunos pasos, cuando distinguió á un jóven pastor de unos quince años de edad que, recostado sobre la larga y mullida yerba, leia al parecer atentamente un libro que tenia en la mano.—Admirado Aurelio de

la ocupacion poco comun de este pastor, se acercó á él con lentitud y distinguió que el libro que tan entretenido le tenia era el *Quijote* de Cervantes. No obstante, llamóle la atencion un aire de tristeza que se percibia al través de la sonrisa que le arrancaba tan alegre como sabrosa lectura, y le dirigió la palabra en estos términos:



«El cielo os guarde, buen pastor. ¿Sabes que me admira no solo el que sepas leer, sino que tengas tanta aficion á la lectura?

—Y doy mil gracias al Todopoderoso de que me haya concedido este favor, que es para mí un inefable consuelo.

—Querido, tan jóven y en tu estado, ¿qué puedes apetecer?

—Nada, señor; antes bien como veis doy mil gracias al Eterno.....

El aire tierno y reconocido con que el pastor pronunció estas palabras dieron á conocer á Aurelio que el jóven que tenia en su presencia no habia sido siempre guarda de ganado. Movido de curiosidad, le dijo con el mas vivo interés.

—Siento ser indiscreto; pero dudo hayais sido siempre pastor. ¿Quieres contarme tu historia?

—Poco nuevo tendria que deciros. Sin embargo, es un secreto que no puedo revelaros.

—¿Qué causa lo impide?

—Mi suerte, señor, que solo dulcifica la lectura de este libro, único que poseo, y sin el cual me moriria de tédio. Como casi sé de memoria todas las aventuras del hidalgo manchego, me entretengo en estudiar las bellezas del lenguaje, y cada dia hallo nuevas dotes que admirar en nuestro insigne novelista.

—Veo que hablas como persona inteligente, y es fuerza que tu educacion haya sido esmerada.

—Solo he frecuentado la escuela. Apenas he aprendido en ella mas que á escribir y leer; pero la desgracia y la soledad me han hecho observador. Sin haber leido mas que á Cervantes, conozco que he aprendido en este solo libro mil cosas que otros habrán dejado pasar desapercibidas.

—Me complazco de oirte, dijo Aurelio. Soy rico y puedo serte útil. Sé franco conmigo; cuéntame tus cuitas. Tal vez el cielo te proporcione en mí un consuelo inesperado.

Alzando entonces el pastor sus hermosos y rasgados ojos negros, dió un profundo suspiro y contestó:

—Gracias doy á la bondad divina, y gracias os doy, señor, por vuestras ofertas. No puedo, sin embargo, aceptarlas y complaceros por hoy. Si os dignais volver por estas asperezas dentro de ocho dias, os contaré mi breve y triste historia. En el ínterin Cervantes me consolará.

Interesado vivamente Aurelio por la suerte del jóven y estudioso pastor, ya se deja presumir que no faltaria á la cita. Abandonó muy de mañana el lecho, y cogiendo su escopeta, se encaminó de nuevo acompañado de su fiel perro hácia el bosquecillo que ya conocen nuestros lectores. El pastor salió al encuentro de Aurelio con un aspecto de tristeza resignada que le hacia cada vez mas interesante. Tendióle Aurelio la mano, y despues de saludarse cordialmente, sentáronse sobre una musgosa roca que sombreaba una copuda encina.

—Mucho me interesa tu suerte, mi jóven amigo, dijo Aurelio. ¡Tan jóven y desgraciado! Estoy ansiando dulcificar tus penas.

—Dios es bueno, señor, y no abandonará jamás á los que tienen esperanza en su misericordia. Aunque jóven, he sufrido tanto, que os hablo de un modo poco comun en mi edad. ¿Qué quereis? Soy viejo antes de tiempo. Pero el vicio no ha gastado todavía mis fuerzas físicas y morales. Solo soy maduro en mis reflexiones. ¿No es esto un gran bien de que debo estar ufano y por que debo dar gracias á la divina Providencia?

—Estoy impaciente, querido amigo, por conocer las desgracias que tan prudente y sensato te han hecho.

—Voy á complaceros.

—Ya te escucho.

—Nací en Toledo, ciudad de recuerdos. Parece que en este momento tengo ante mis ojos sus elevadas murallas y pintadas puertas, obra de los árabes, su romano puente y soberbio alcázar. Me llamo Ricardo. Mi padre, que vivia del producto de sus pingües rentas y predios rústicos, se vió de repente sumido en la miseria con la pérdida de un pleito que disputaba y que habia heredado con sus terrenos. Mi buena madre, todavía jóven y hermosa, pero de una constitucion delicada, no pudo sobrellevar las estrecheces de su nuevo y fatal estado. Acometióla una consuncion, y de dia en dia se desmejoraba. Perdonad, señor; no puedo recordar á mi desventurada madre sin que las lágrimas surquen mis mejillas. ¡Dios mio, Dios mio! ¡Cuán buena era! ¡Cuánto me amaba!....

Los sollozos interrumpieron al buen hijo: luego continuó.

—Mi padre se afanaba por sacar á su tierna y virtuosa compañera de las garras de la muerte. En vano. Hace hoy justamente tres años, señor, nos llamó á mí y á mi padre.—¡Esposo mio, mi querido hijo, nos dijo, conozco que se acerca el último momento de mi existencia..... abrazadme!.... Mi padre y yo cubrimos de besos el rostro lívido de mi madre..... Despues de algunos momentos de silencio continuó con débil voz..... ¡Mis buenos amigos..... no os aflijais.... afortunadamente hace largo tiempo que pienso en este trance y que elevo mi corazon á Dios!.... Pero es necesario que venga un ministro del Altísimo.... ¡Este es el último consuelo del cristiano!.... Mi padre salió de la estancia sin proferir una palabra. En el ínterin mi madre me miraba con ternura..... Púseme de rodillas y cogí su mano casi helada que llevé á mis lábios... ¡Ricardo, querido hijo mio!... Resígnate con los designios de la Providencia, que despues de haberte privado de los bienes de fortuna te priva tambien del apoyo de una madre tierna..... ¡Dios mio! Bien lo sabeis; solo por mi hijo siento dejar la vida..... No le abandoneis en medio de los peligros del mundo.... ¡Sé bueno, hijo mio!... Dos rios de lágrimas inundaron su rostro angelical..... La muerte que se acercaba no habia desfigurado sus facciones..... estaba hermosa..... Arrojéme á sus brazos, y mis ojos, señor, acompañaron á los de mi madre.....

Hubo aquí una ligera pausa. Ricardo lloraba como si en aquel momento acabara su madre de volar á la mansion de los justos. Aurelio enternecido con tan tierno relato le contemplaba admirado.

—Siento afligiros, mi buen señor, pero me resigno con la voluntad de Dios, que en este momento me está dando una prueba inequívoca de su inefable bondad, pues permite que me escucheis.

—Y con atencion, complacencia y pena, mi querido Ricardo.

—A poco rato, continuó este, entró mi padre en la estancia de mi buena madre acompañado de un venerable sacerdote. Administróle este todos los auxilios de nuestra consoladora religion, y mi madre pareció mejorarse y reanimarse. Su alma, empero, abandonó su cuerpo al amanecer del dia siguiente para caminar á la celestial Jerusalen, patria de los justos, y donde sin duda está mi buena madre, pues sus virtudes y piedad no la abandonaron nunca. Temeria afligiros pintándoos el cuadro desgarrador que presentaba mi triste albergue. Mi padre y yo pasamos tres dias sumidos en la afliccion. En el último de estos tres dias fatales me habló en estos términos..... Mi buen Ricardo, es necesario que nos portemos como hombres y que respetemos los misteriosos decretos de la Providencia. ¡Somos muy desgraciados!.... No quiero ocultarte por mas tiempo nuestro fatal estado. Para salvar á tu infeliz madre he contraido deudas que no puedo pagar. Ademas, un reo político de que me habia constituido fiador, acaba de fugarse..... Muy pronto tal vez me conducirán á la cárcel..... No soy delincuente..... Consuélete esta idea.... ¡Solo tu suerte me aflige!....

—No temais por mí, le contesté..... Iba á continuar cuando se presentaron dos agentes de policía..... y dos alguaciles de justicia: los unos se llevaron á mi padre; los otros cogieron los pocos muebles y ajuar de casa que nos quedaba. Acompañé á mi padre á la cárcel; pero á los pocos momentos de entrar en ella fué acometido de una violenta fiebre. Tres dias despues no existia. Quedéme solo en el mundo. Salí de la cárcel y dirigí mis pasos al azar. Caminé algun tiempo siguiendo la direccion de las amarillentas aguas del Tajo. Internábame algunas veces en los bosques de encinas ó carrascas que de trecho en trecho se encuentran. Los muchos pastores de las cercanías me socorrian y reparaban mis fuerzas. De todos los libros que mi padre poseia, habia echado mano como por instinto á las obras de Cervantes. No podeis concebir el consuelo que esperimenta el que ha vivido en el bullicio de las ciudades y se vé de repente lanzado de su seno y sumido en la soledad, con la lectura de un libro. Sin el que la Providencia me ha reservado, hubiera sin duda muerto de miedo, aburrimiento y tédio. Cuando rugía la tempestad sobre mi cabeza, cuando abandonado de todos nada miraba en torno mio, la lectura me distraia de manera que veia correr las horas tranquilas. Un libro, señor, es el mejor amigo. Cuando todos nos abandonan, el nos queda. Mi libro era mi tesoro, mi delicia. ¡Cuánto reconocimiento no debo á los autores de mis dias, que al proporcionarme los escasos conocimientos que poseo, me han dado la aptitud para gozar del placer de la lectura! Yo los bendigo, y suplico todos los dias á la Providencia premie sus virtudes y sufrimientos..... Pero veo que me estravío de mi propósito y que quizás estoy molesto deteniéndoos demasiado.....

—Nada de eso, replicó Aurelio, antes bien me estás proporcionando

un rato delicioso. Siento tus penas; pero me admira la filosofía que la buena educacion que recibiste te ha proporcionado. Tus desgracias no son mas que una prueba. Dios te reserva sin duda, hijo mio, para grandes cosas: espera y confia.

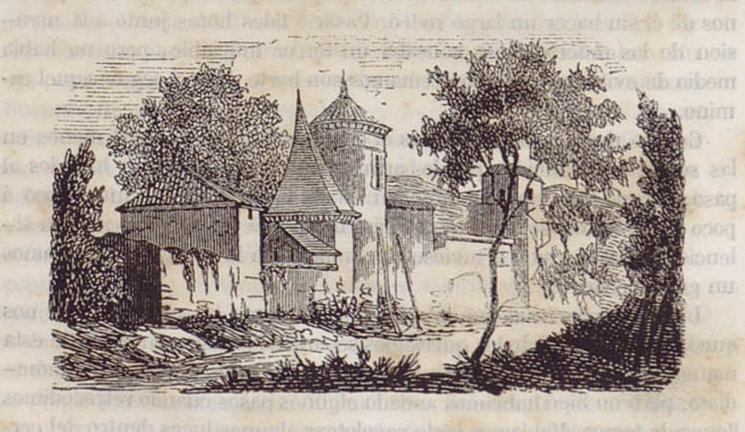
—Siempre he esperado y confiado en la misericordia de Dios. Continúo pues. Uno de los pastores me tomó á su servicio. Desde entonces soy pastor tambien, y vivo contento y resignado.—A los pocos dias de haber adoptado este nuevo género de vida, se me presentó un caballero como de unos 50 años de edad.—Soy la causa de tus desgracias, me dijo; he precipitado á tu padre en la cárcel de donde le arrebató la muerte. Ando errante y proscrito; pero un amigo va á proporcionarme los medios de pasar á América. Vengo á suplicarte una cosa superior á tu edad y á tus fuerzas. Guarda silencio acerca de tus desgracias y las mias. Si dentro de dos años no vengo á salvarte de las garras de la miseria, puedes tener por segura mi muerte. Nada te liga entonces á mí. Ayer se cumplia el plazo y por eso os he citado para hoy. Antes no os hubiera hecho conocer mi triste historia.

El rostro de Aurelio se alteró visiblemente á este último relato. ¿Cómo se llamaba ese desgraciado, querido Ricardo?

Ese desgraciado era el benemérito coronel C.....

—¡Bendita sea la Providencia, esclamó Aurelio, que me permite reparar de algun modo su falta. El coronel C. era mi hermano. Ha muerto efectivamente en América hace un año. Desde hoy os adopto por hijo mio.


A.



LA DISPUTA UTIL

ó

LOS FUEGOS FATUOS.

Hallábanse reunidos los alumnos de un colegio, despues de las lecciones, disfrutando de las horas de recreo que el reglamento les concede. Mientras algunos se entretenian en diferentes juegos, otros varios, formando un grupo, hablaban con calor. El vigilante que observaba cuidadosamente á toda la reunion, dirigióse hácia estos últimos, y cuando estuvo cerca, volviéndose el niño que llevaba la palabra exclamó: aquí está D. Antonio que tendrá la bondad de decidir nuestra disputa y dar la razon á quien la tenga.

—¿Qué es lo que ocurre? dijo D. Antonio.

—Yo lo referiré, contestó Cárlos. Un dia que habiamos salido á paseo varios amigos en mi pueblo, nos alejamos demasiado, distraidos con nuestra conversacion. Al volver, nos sorprendió la noche, y á pesar del criado que nos acompañaba, cada sombra, cada arbusto del camino que seguiamos ó de los campos inmediatos, era motivo suficiente para asustarnos, tomándolo por un ladron, una fiera, ó alguna otra cosa peor. Esto sin embargo era nada en comparacion de lo que debia sucedernos. El camino lindaba con el cementerio del pueblo, y no podiamos separarnos de él sin hacer un largo rodeo. Pasar á tales horas junto á la mansion de los muertos, nos causaba un terror indecible, pero no habia medio de evitarlo, y nos conformamos con harto dolor á seguir aquel camino.

Cuanto mas nos acercábamos al cementerio, pensábamos menos en las sombras producidas por los arbustos y otros accidentes hallados al paso, porque toda nuestra atencion estaba fija en aquel recinto. Poco á poco iba enfriándose la conversacion, hasta que por último reinó un silencio profundo, como si tuviésemos embargada la voz, y asi caminamos un gran trecho.

Llegamos por fin al cementerio, y aquí fueron los apuros: todos nos quedábamos atrás y todos queriamos separarnos de sus paredes. De esta manera nos apartamos del camino encaramándonos en un cerro inmediato; pero no bien habiamos andado algunos pasos cuando retrocedimos llenos de terror. Habiamos visto revolotear algunas luces dentro del cercado, las cuales, al parecer, alumbraban á infinitas fantasmas, que no

eran otra cosa que cuatro ó seis sepulcros. Quiso alentarnos el criado, pero su voz entrecortada y la palidez de su rostro nos acabaron de aterrar. Sin embargo, no pudiendo permanecer en aquel sitio, y siendo difícil volver atrás, tomamos nuestra resolucion y seguimos adelante. Agrupados todos, recorrimos aquel corto espacio con una agitacion espantosa. Si apresurábamos el paso, creiamos que nos seguian las luces; si lo acortábamos, se alargaba la angustia que estábamos sufriendo; si mirábamos á las luces, cada vez nos parecian mas numerosas; si volviamos los ojos, nos las pintaba la imaginacion á nuestro lado. Todos sentiamos una opresion terrible.

Pasado el cementerio, empezamos á respirar con mas libertad; no obstante, permanecimos mudos hasta llegar al pueblo. A la vista de nuestras casas y de varias personas, desechamos el miedo, y recobrando la serenidad, nos atrevimos á preguntar á un anciano sobre lo que habianos visto. «Aquellas luces, nos dijo, son las almas de los que están enterrados en el cementerio.» He aquí lo que ha motivado nuestra acalorada contienda: unos sostenemos que aquellas luces son almas y otros lo niegan.

—Sí, sí, añadió Francisco. Una bruja.....

—Mira lo que dices, Paquito, replicó otro niño. Ya sabes que el señor director nos ha hecho ver que no hay tales brujas; que las mugeres ancianas y andrajosas, á quienes suele aplicarse este nombre, no poseen por lo comun otro maleficio que su miseria y los achaques propios de su edad; y que llamándolas asi aumentamos sus desgracias atrayendo sobre ellas desconfianzas y persecuciones injustas, cuando debiéramos dolernos de su estado y socorrerlas, como nos enseña la caridad cristiana.

—Tienes razon, dijo Francisco. Pues bien, la anciana Gertrudis, muger de mucha experiencia, me contó á mí tambien que las luces de los cementerios eran almas, y que si nos estábamos quietos vacilaban sin moverse de un mismo sitio; si queriamos acercarnos, huian de nosotros; y si huiamos de ellas, nos perseguian.

—Es verdad, añadió Lorenzo. Yo conocia un labrador, que habiéndose detenido en un campo junto al cementerio al caer la tarde, vió atravesar las tapias una luz, y huyendo de ella le persiguió largo rato; y fue tal el susto del labriego, que murió á los dos dias.

—Víctima de la ignorancia, de la supersticion y de las preocupaciones populares, dijo D. Antonio. Si el alma es espiritual, segun os enseña la doctrina cristiana, ¿cómo habeis de verla? Ni las almas de los muertos, ni las de los vivos pueden aparecerse bajo formas materiales, ni impresionar de ninguna manera nuestros sentidos: el alma no tiene ninguna de las propiedades de la materia. El fenómeno del cementerio reconoce una causa que solo una grosera ignorancia ó una supersticion mas grosera aun puede desconocer. ¡Cuántos males, cuántas desgracias no pro-

ducen los errores populares! Vosotros os dejais alucinar por cuentos infundados, por temores que os pueden costar la vida, y á poco trabajo os librariais de semejantes males y podriais librar á otras muchas personas. Con este fin voy á explicaros la causa que produce las luces de los cementerios; pero mejor será que lo explique Valentin.

—Con mucho gusto, dijo este. La explicacion no puede ser mas sencilla. Las luces ligeras y opacas que revolotean en los cementerios se llaman *fuegos fátuos*, y provienen de una combinacion de fósforo, sustancia



que todos conoceis, aunque no pura, y de un gas que se llama hidrógeno. De esta combinacion resulta otro gas, *hidrógeno fosforado*, que se inflama en contacto con el aire. Los huesos, la pulpa cerebral y los nérvios del hombre contienen fósforo, y descomponiéndose los cadáveres por el calor y la humedad, desprenden, entre otras sustancias, fósforo é hidrógeno, que combinados y escapándose por entre las grietas de la tierra, se inflaman en contacto con el aire. No tienen otra causa los fuegos fátuos de los cementerios, cuyos fuegos se ven tambien en los campos de batalla, como podeis comprender.

Y ya que os he hecho esta explicacion, con permiso del Sr. D. Antonio la terminaré, dándoos á conocer otros fuegos fátuos que aparecen en algunas praderas, en los valles húmedos y los lugares pantanosos, cuyos fuegos reconocen diferente causa.

Algunos naturalistas habian creido que provenian de una multitud de insectos fosforescentes; pero se ha demostrado, por lo menos en la mayoría de los casos, que resultan de la inflamacion de un gas compuesto de hidrógeno y carbono, como el gas del alumbrado, pero en distintas proporciones. El gas de estos fuegos se llama *hidrógeno carbonado*, pero no se inflama con el simple contacto del aire, como el gas de los cementerios y los campos de batalla, sino por causas accidentales; acaso por la electricidad. Asi es que tales fuegos no aparecen sino en los sitios donde puede producirse este gas. Hé aquí las causas de los fuegos fátuos que dan lugar á tantos terrores completamente infundados.

—A propósito, dijo Cástor, yo he leido una historieta sobre los fuegos fátuos.

—Que la cuente, que la cuente, exclamaron todos á una voz.

—Voy á complaceros, contestó Cástor. Dice asi mi historia. Despues de una larga ausencia, volvia al seno de su familia un jóven lleno de dulce esperanza y ardiendo en deseos de abrazar á sus padres y hermanos. La impaciencia de ver á personas tan queridas le hacia acelerar el paso; mas á pesar de esto le sorprendió la noche en el camino.

Hallábase en una montaña, envuelto en oscuridad tan profunda, que no veia ni aun el baston que llevaba en la mano. Al bajar á la llanura perdió completamente el camino, y andando á ciegas no podia adelantar un paso. Desconsolado en tan penosa situacion, decia suspirando: ¡Ah, no he de encontrar á nadie que me guie! ¡Cuán reconocido quedaria yo á tan importante servicio!

Al pronunciar estas palabras aparece de repente á su vista una luz vacilante que brillaba á lo lejos en medio de las tinieblas. Al verla se llenó de esperanza y alegria, y exclamó: «¡Me he salvado! esta luz me anuncia la proximidad de algunos de mis semejantes! voy á dirigirme hácia ella, y el hombre que la lleva me informará de mi camino!»

Dirígese con paso firme hácia aquella luz, creyendo divisar entre sus opacos reflejos al hombre que la llevaba. Pero, ¡desgraciado! ¡era un fuego fátuo revoloteando sobre las aguas de un pantano; y creyendo acercarse á su salvacion, iba á sumergirse en un abismo!

De pronto oye á su lado una voz que le dice: «¡detente, detente al instante, ó vas á morir!» Se detiene, echa una mirada en su rededor, y, empezando á aclarar un tanto la noche, entreve confusamente un pescador en su navecilla. «¿Por qué no he de seguir, le preguntó, una luz amiga que me guia?—¡Una luz amiga! dijo el pescador. ¿Llamas amiga á una luz que conduce al viajero á su perdicion? Por una causa desconocida se desprenden de estas cenagosas aguas, exhalaciones nocturnas que imitan el brillo de una luz amiga. ¡Observa como vacila sin cesar aquel vapor pérfido, hijo de los pantanos y las tinieblas!»

Diciendo esto desapareció el fuego fátuo.

Entonces el jóven, lleno de gratitud dijo al pescador. «¿Cómo podré recompensaros un servicio que ha salvado mi vida?» Pero el pescador le respondió. «Lo que acabo de hacer no merece recompensa. ¿Podria un hombre dejar precipitarse en el abismo á sus semejantes? Á Dios es á quien debemos dar gracias uno y otro: yo, porque me ha proporcionado ocasion de hacerte este servicio; tú, porque ha permitido que me encontrase á tu lado en este momento.»

En seguida el complaciente pescador, dejando su barquilla, acompañó al jóven hasta cierto punto, desde donde le enseñó el camino de la casa paterna. Entonces distinguió el viajero, á través de los árboles, el resplandor del hogar doméstico. Guiado por aquella luz suave y tranquila sigue su camino con seguridad, sin temor de estraviarse. Su confianza y la alegria disipan su cansancio, redoblando sus fuerzas: llega, llama, ábrese la puerta, y le salen al encuentro el padre, la madre, los hermanos, las hermanas, y le estrechan en sus brazos llorando de alegria.»

—Muy bien, dijo D. Antonio, esa historia parece imitacion de un cuento aleman. ¿Y qué nos enseña?

—A mi parecer, contestó Cástor, quiere decir que hay en el mundo luces engañosas y luces amigas, que nos llevan al precipicio ó nos conducen á nuestra salvacion: nuestras malas inclinaciones y los malos ejemplos es la luz opaca y vacilante que, á pesar de todo, si no estamos prevenidos, puede engañarnos con su aparente brillantez y llevarnos por el camino de la perdicion; las buenas lecciones y los buenos ejemplos es la luz amiga que descubriremos si nos dejamos guiar de nuestros padres y maestros, y nos conduce alegres y tranquilos á la felicidad verdadera.

—Asi es, añadió D. Antonio: aprovechaos pues de la leccion y no os dejeis seducir de las apariencias.

—Sí, sí, exclamó uno de los niños que deseaba tomar parte en los juegos de sus compañeros: *no es todo oro lo que reluce*, como dice el refran: acordémonos que hay muchos fuegos fátuos en el mundo; pero vamos á jugar un rato porque se aproxima la hora de volver al estudio.

C.



LA LECCION DE GEOGRAFIA Ó BENARÉS.



CUENTO.

No lejos de la escarpada playa de una de nuestras costas, se hallaba situado un antiguo castillo, semi arruinado por los años y por el abandono en que le habian tenido sus poseedores.

Dejábanse vér sus negras paredes por entre los árboles de un frondoso bosque. Poseia este castillo dos partes habitadas: eran estas las torres del norte y mediodia. En la una habia dos criados antiguos, en la otra un caballero de noble aspecto y dos hermosos niños: llamábase el uno Ernesto, y tendria próximamente diez años; el otro, Guillermo, rayaba apenas en los doce. Esta solitaria familia pasaba la vida en ocupaciones útiles: trabajaba en las faenas del campo uno de los criados, y tenia el otro á su cargo los cuidados domésticos. El caballero escribia y estudiaba con frecuencia, y ocupaba lo demas del tiempo en la enseñanza de los dos niños. Estos, dóciles á sus lecciones, tenian, al parecer, sumo cariño y respeto al caballero. Los domingos y dias festivos venia un venerable sacerdote á decir misa á la capilla del castillo, cuyos moradores la oian con extraordinario recogimiento y singular devocion. La mas envidiable calma reinaba en esta morada solitaria. El caballero solia dar con los dos niños frecuentes paseos por el bosque y alrededores del castillo. A veces se paraban á contemplar las agitadas olas que venian á estrellarse contra la playa y no pocas se entregaban al recreo de la caza y de la pesca.

En uno de los calorosos dias de verano, sentado el caballero bajo un fresco emparrado y teniendo á su lado á los dos niños, dijo á Guillermo:

—Hace algunos dias que os he hablado largamente de la India y con mas especialidad de Benarés: ¿te acuerdas de algo, Guillermo?

—Mucho me ha gustado cuanto nos dijo V., y recuerdo perfectamente algunas cosas, porque he repasado los apuntes que hicimos.

—Veamos.

La India es un pais muy antiguo y cuya historia es bastante oscura.

—En efecto, queridos, sus fronteras parecen trazadas con un especial cuidado. ¿Qué hay al norte?

—La mesa del Tibet y los elevados montes del Himalaya, dijo Ernesto.

—Muy bien: Guillermo nos dirá las demas fronteras de la India.

—Al oriente forman sus fronteras dos grandísimos rios, el Bramaputra y el Indo. Por todas las demas partes la cerca y baña el Océano.

—Creo, replicó Ernesto, que algunos geógrafos han comprendido en la India regiones que estan fuera de estos límites.

—Es verdad; pero no solo papá, sino el señor cura, nos dijo que esto consistia en una mera agregacion política: el verdadero pueblo indio se encierra en los límites que hemos descrito papá y yo.

—Ciertamente, dijo el caballero; porque los demas paises que forman parte de la India se aproximan mas á la Persia y á la Tartaria, tanto por el clima como por el suelo, las producciones y la poblacion.

—La India, continuó Guillermo, es como un mundo aparte en el universo, pues encierra paises sujetos al sol abrasador de los trópicos y desiertos helados como en el norte. Sus vastas llanuras producen cada año dos cosechas, y se hallan cubiertas de eterna verdura ó destruidas por las abrasadas arenas de la zona tórrida. Los frutos de los paises templados nacen y maduran á la falda de las montañas. El viajero pasa en la India por todas las transiciones de la naturaleza, desde los polos al ecuador.

—Veo que has conservado en la memoria los caractéres mas salientes que distinguen la India de los demas paises. Voy empero á recordaros algunas particularidades que creo no tendreis presentes. Os dije que la Oya del Ganges, rio sagrado de la India, presentaba un aspecto magnífico. Ensánchase cada vez mas este famoso rio, cuyas márgenes, bañadas por sus aguas y heridas por los ardientes rayos del sol, producen una vegetacion casi increible, presentando un mar de espigas y de verdura ligeramente ondulada por las lánguidas brisas de los trópicos.

—Ya recuerdo ahora, interrumpió Ernesto, el contraste que nos presentó V. Nos habló V. del pais intermedio entre el Ganges y el Indo, pais bañado apenas por insignificantes arroyuelos perdidos en la arena, y que presentan el aspecto de las abrasadas regiones del Africa.

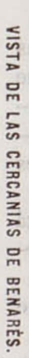
—Tambien nos dijo V., continuó Guillermo, que al tocar la base de las montañas se presentaba un cuadro mas risueño; pues alegres y pintorescos valles y magníficas y espesas selvas ostentan entonces toda su belleza.

Al llegar aqui, notó el caballero que los niños se cansaban; levantóse sin decir palabra y los condujo silenciosamente hasta donde el criado Domingo guardaba á dos inmensos bueyes que pacian la menuda yerba del prado. Al verlos, prorumpieron los niños en un grito de alegría.

—¡Ay, papá, que nos hemos olvidado de *Benarés*!

—¡De Benarés! ¿y por qué os habeis acordado ahora de Benarés?

—¿No vé V. los bueyes, papá? Los bueyes andan por todas las calles de Benarés, y hasta por los templos de aquellos pobres idólatras, que



VISTA DE LAS CERCANIAS DE BENARÉS.

debiendo adorar al Criador de los animales, tienen la desgracia de hacerse inferiores á ellos adorándolos.

—Tambien recuerdo ahora lo que nos dijo el señor cura: ¡cuán flaca es la razon humana sin el auxilio de Dios, y cuántas gracias debemos tributarle por haber permitido que naciéramos en pais de cristianos, y no entre esas gentes que adoran á los bueyes y á las vacas!

—Me alegro, dijo el caballero, que recordeis todo eso. Pero ya que quereis que continuemos nuestra interrumpida leccion, ¿dónde está Benarés?

—Benarés, dijo Guillermo, está situada en la orilla izquierda del Ganges. Es la ciudad santa de los indios.

—Y se estiende á lo largo del rio, continuó Ernesto, por espacio de muchas millas. Por toda esta extension hay grandes escalones para bajar al rio. Dicen que estos escalones estan llenos siempre de un inmenso gentío.

—¿Y qué hay mas de notable en Benarés?

—Es notable, continuó el mismo niño, el contraste de sus antiguas casas, que parecen masas informes, con las elegantes y graciosas que produjo la arquitectura musulmana. La estrechez, tortuosidad é inmundicia de sus calles, por donde se pasean libremente bueyes, vacas y monos, objeto del respeto y veneracion pública; y no son menos notables sus numerosos templos.

—Perfectamente, dijo el caballero; estoy satisfecho de vosotros; quizá algun dia os podrán servir las noticias que conservais acerca de Benarés.

—Pues aun falta algo, replicó Guillermo; V. nos ha hablado de lo que sucedia en uno de esos templos, y Ernesto nada nos dijo.

—Es verdad; os dije que el mas célebre era el de *Besecur*, construido en 1681. Allí se reunen los supersticiosos y fanáticos adoradores de Brama, y presentan un espectáculo singular. Unos llevan agua del Ganges, arroz, flores y hojas para que se regalen y saboreen con estas viandas las vacas braminas; otros tocan una inmensa campana, y la entrada y salida de estos devotos, las vacas y el ruido de la campana forman un ruido tal, que solo puede compararse al del mas concurrido mercado. Hay tambien en Benarés algunas plazas públicas donde se distribuyen gratuitamente víveres á los pobres. El comercio de Benarés es muy activo, particularmente el de brocados de oro y plata; el clima, no muy desagradable; las cercanías muy fértiles y pintorescas. Como premio de vuestra aplicacion, voy á daros el anterior grabado que las representa.

En esto ya nuestros niños y su papá se habian retirado al castillo. Cuarenta años despues decia el conde B... á su amigo: «En este solitario albergue me educó con mi hermano mi bondadoso padre. Hoy hace cuarenta años que nos hizo repetir en la ladera que forma aquel ribazo su

leccion de geografía de la India. Todavía recuerdo su profecía sobre Benarés, que se ha verificado al pié de la letra.....»

—Tengo curiosidad de saber esta anécdota, replicó con efusion el amigo del conde.

—Nada mas sencillo. Terminada mi educacion, hallábame un dia en el gabinete del embajador inglés.—Suscitóse la conversacion acerca de la India, y hube de hablar de ella, y en especialidad de Benarés, de manera que llamé la atencion del embajador.—Propúsome le acompañase en un viaje que tenia que hacer á Calcuta. Acepté, y aqui tienes el orígen de mi inmensa fortuna. De regreso á España recobré todos mis bienes, que las vicisitudes políticas habian arrebatado á mi padre. Ocupé los puestos mas elevados del Estado: fuí ministro, y obtuve no solo mis antiguos títulos, sino otros con que han sido premiados mis servicios. A pesar de lo que por estos pueda merecer, creo deberlo todo á BENARÉS.

A.

GLOBOS AEROSTÁTICOS.

CONVERSACION INSTRUCTIVA ENTRE UN PADRE Y SU HIJO.

Paseando por el Retiro, que es uno de los sitios mas amenos de Madrid, un caballero con su hijo, habiase separado este algunos pasos, cuando de pronto se volvió diciendo: ¡Papá, papá!—¿Qué es eso, qué te sucede? contestó el caballero.—¿No ves aquel fuego que se eleva gradualmente por los aires como una estrella grande, unido á un cuerpo que no acierto á distinguir bien? Al principio me figuré que era realmente una estrella; pero luego, observándolo despacio, he divisado el cuerpo á que está unido, y he notado que no se halla en el cielo, sino en el aire.—Asi es la verdad, y estas equivocaciones te suceden muchas veces porque no examinas las cosas con detencion.

—¿Pero qué puede ser aquel cuerpo?—Es un globo aerostático, es decir, es un globo de papel, hueco, de figura parecida á una peonza, el cual se ha elevado desde el Hipodromo ú otro punto, al terminarse alguna de las funciones que suelen darse en Madrid los dias de fiesta.—¡Ah! Entonces es uno de los globos de que me hablaba mamá; y por cierto que me decia haber verificado la ascension haciendo ejercicios en el trapecio, como nosotros en la clase de gimnástica, un areonauta, cuyo nombre no recuerdo.—El Sr. Grellon. Precisamente es un globo de la misma clase, sin otra diferencia esencial, que en el que estás viendo no va ninguna persona.

—Todo eso está bien, pero lo que á mí me admira es cómo puede ele-

varse cuando todas las cosas en lugar de subir caen á tierra en el momento que se abandonan á sí mismas?—No me extraña tu sorpresa, pues que si bien estás viendo todos los dias fenómenos análogos á este, la misma razon de verlos siempre no te ha hecho parar la atencion en la causa de que proceden. El humo se eleva en el aire de la misma manera que el globo, y jamás te habia ocurrido indagar el motivo. Pero veamos en qué pueden consistir tales fenómenos.

Diciendo esto llegaron al estanque del Retiro, y viendo el caballero un trozo de madera sobrenadando en el agua, preguntó al niño: ¿sabes por qué no se va al fondo aquel trozo de madera?—Cualquiera puede saberlo: porque pesa menos que el agua.—No obstante, una piedrecita ó un alfiler, pesa menos que aquel trozo de madera y la experiencia te ha enseñado que por pequeña que sea una piedra se iria al fondo si la arrojases al estanque.—Sí, pero las piedras grandes pesan mas que la madera.—Esa no es una razon, porque si una piedra del pretil del estanque pesa mas que aquel trozo de madera, el tronco de una encina es mas pesado que una de estas piedras.—Yo queria decir que pesa mas que la madera una piedra del mismo tamaño.

—Eso es otra cosa. Un trozito de madera de la misma magnitud que un alfiler ó una piedrecilla, es mas ligero que cada uno de estos dos cuerpos. Asi, cuando se dice que un metal ó una piedra es mas pesada que el corcho ú otro cuerpo, se entiende, siendo del mismo volúmen ó tamaño los cuerpos cuyos pesos se comparan; de consiguiente, no se habla del peso absoluto del metal, ni del corcho, sino del que tiene bajo un volúmen determinado y comparado con el de otro cuerpo que se toma por unidad, á cuyo peso se llama *peso específico*. La madera tiene menos peso específico que el agua, es decir, pesa menos que un volúmen de agua igual al suyo y por eso sobrenada, y la piedra y el alfiler tienen mas peso específico que el agua, es decir, pesan mas que un volúmen de agua igual al suyo, y por eso se sumergen. En esto se funda toda la teoría de la ascension y descenso de los globos aerostáticos.

La tierra que habitamos, cuya figura es próximamente esférica, continuó el caballero, está rodeada de una grande masa de aire á que se llama atmósfera, como debes saber ya, puesto que dices que el globo se eleva en el aire. Pues bien, el aire es pesado y.....—¿Es pesado el aire?—Sí, y desgraciados de nosotros si no lo fuese: al instante pereceriamos.—¿Cómo puede ser eso?—Varios experimentos, de que te hablaré en otra ocasion, prueban hasta la evidencia que pesa, y que su peso es necesario para la vida del hombre y de los animales.—No comprendo por qué.—En tiempo oportuno lo comprenderás, pero ahora debes creerlo. Siendo pesado, puede haber unos cuerpos que pesen mas, otros menos que él, es decir, de mayor y de menor peso específico que el aire, y realmente los hay. Asi como los que pesan menos que el agua sobrenadan en ella,

los que tienen menos peso que el aire se elevan en la atmósfera, y nada mas natural. El globo pesa menos que el aire, y he aqui la razon de que se eleve.

Pero el papel de que se compone ese globo y el combustible que produce aquel fuego, replicó el niño, no serán como los que usamos nosotros, porque si no, caerian á tierra.—Si el globo no constase mas que de papel y del combustible, tendrias razon: mas ya te he dicho que los globos son huecos, y alguna cosa habrá en su interior.—¿Si no es aire?—Sí, aire, pero mas ligero que el exterior, porque es aire caliente; y has de saber que el calor lo enrarece, es decir, separa las moléculas de que se compone, y en un espacio determinado hay menos moléculas de aire que cuando está á mas baja temperatura, ó cuando está frio, que es como suele decirse. El aire caliente pesa menos que el frio; y asi es que el peso total del aire que contiene el globo, del papel y de las demas sustancias de que este se compone es menor que el de una masa de igual volúmen del aire que lo rodea. A medida que el aire interior se enfria, desciende el globo; y precisamente puedes observarlo ahora mismo, pues que ves descender el que ha promovido esta conversacion, cuando apenas se percibe el fuego que te ha parecido una estrella grande.—Entonces, para la ascension de los globos será preciso que lleven fuego.—No, porque el aire puede calentarse antes. Los globos que se elevaron desde el circo estaban llenos de humo de paja, y el humo no es mas que aire enrarecido, con algunas partículas del combustible que lo produce.

Satisfecho el niño de la sencilla explicacion que acababa de oir, dijo luego: ahora ya sé qué es un globo aerostático.—No, hijo mio, le contestó el caballero.—Pues ¿qué me falta saber?—Hasta ahora no conoces mas que los globos aerostáticos, tales como eran en su infancia, en su principio, y no con las mejoras que han recibido despues. Con estos globos solo pueden elevarse pesos pequeños, y acaso habrás oido que el señor Poitevin hizo una ascension en París montado en un caballo, y que se ha tratado de hacer otra ascension en Madrid, montando el aeronauta un toro.—¿Un toro?—Sí, un toro; y esto nada tiene de estraño, porque se han hecho ascensiones con pesos mucho mayores.

Los globos de que te he hablado, prosiguió el caballero, fueron inventados el año 1783 en Annonay por un fabricante de papel, llamado Montgolfier, de donde les viene el nombre de *montgolfieras*. Poco despues se nombró una comision de sábios franceses que examinasen tan notable descubrimiento, y uno de sus individuos, el Sr. Charles, concibió la idea de emplear en lugar del aire caliente un gas que pesase menos que el aire.—¿Puede haber alguna cosa que pese menos que el aire?—La hay: el hidrógeno, gas que ya conocerás algun dia, pesa unas catorce veces menos, y este es el gas que se emplea en las ascensiones importantes. Los globos que se llenan de hidrógeno son de tafetan barnizado con goma

elástica, de gran volúmen, de figura próximamente esférica, y llevan en su mitad superior una red de seda, á la que está sujeta por medio de cordones una barquilla ligera en la cual van los aeronautas.

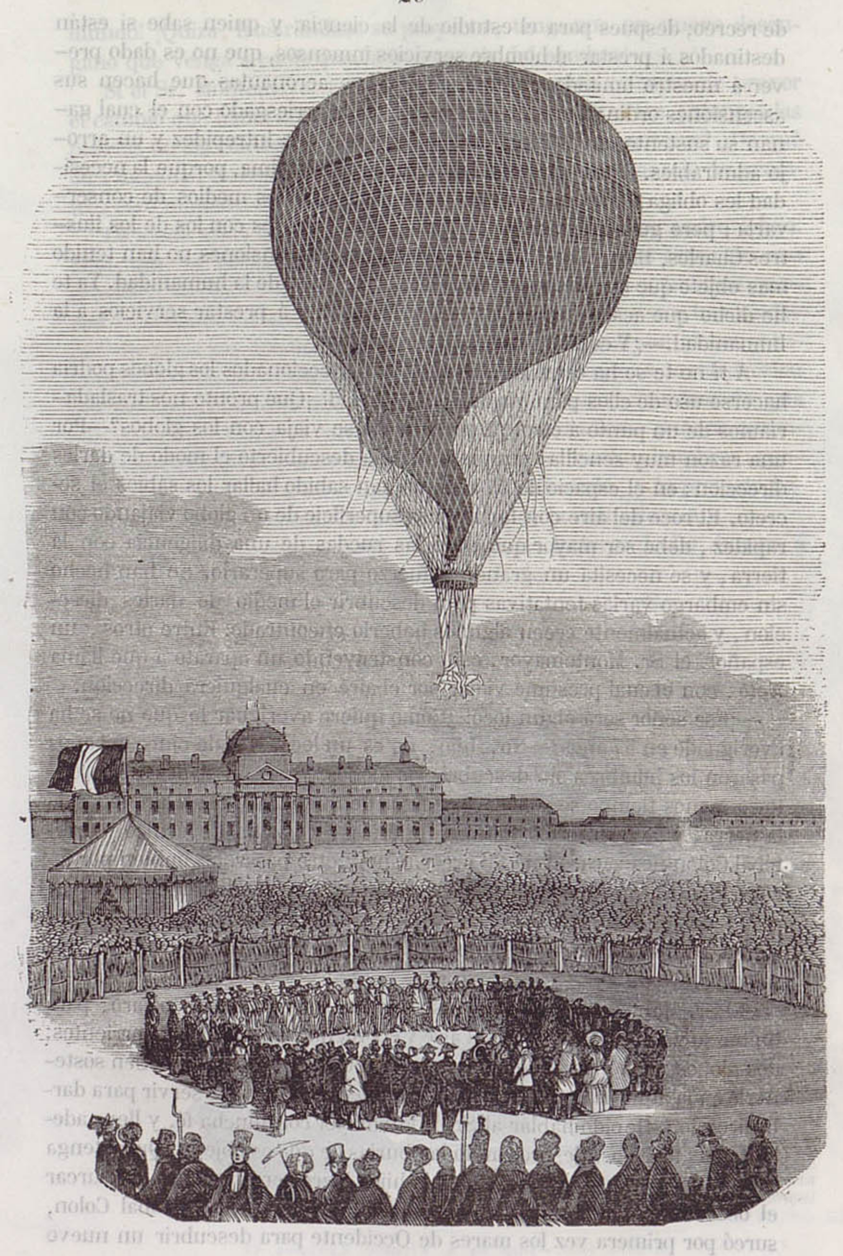
—¿Y cómo descienden?—Dejando salir parte del hidrógeno. Hay en la parte superior del globo unas válvulas ó ventanillas exactamente cerradas, que se abren tirando un cordon desde la barquilla, y se cierran fuertemente por sí mismas. Cuando el aeronauta quiere descender, abre una ó mas válvulas, sale gas hidrógeno, y aumentando el peso específico del globo, baja con mas ó menos rapidez, segun la cantiaad de gas á que se haya dado salida.—¿Y por qué disminuye el peso específico?—Porque disminuye el volúmen del globo, ó se introduce el aire exterior. Si le conviniere disminuir la velocidad de la caida, aligera el globo arrojando arena que lleva por lastre á prevencion en la barquilla, y arrojando mas ó menos lastre, disminuye mas ó menos de velocidad, y aun puede elevarse de nuevo.

El descubrimiento de los globos, dijo el niño, ha dado al hombre un poder inmenso; porque podrá subir hasta la region de las nubes y hasta las mismas estrellas. ¡Qué hermoso será llegar hasta la luna y las estrellas?—¡Ay, hijo mio! ¡Las estrellas se hallan á muchos millones de leguas de la tierra, y el hombre, á pesar del precioso don de la inteligencia, es siempre muy pequeño para que ni siquiera puedan asemejarse en algo sus obras á las del Supremo Criador de la Naturaleza.

La atmósfera, continuó diciendo, tiene un límite, y un límite infinitamente corto, comparado con la inmensidad del espacio. Aun asi no puede elevarse el hombre hasta ese límite: las capas de aire que forman la atmósfera están tanto mas dilatadas cuanto mas distan de la tierra, y de consiguiente se llega á un punto en que la dilatacion es tal, que el globo no puede ascender mas, porque su peso se equilibra con el de un volúmen de aire igual al suyo. Sin esto, en las regiones superiores se experimenta un frio insoportable para el hombre, la respiracion es muy difícil por el enrarecimiento del aire, y aun este mismo enrarecimiento daria lugar á que disminuyéndose la presion que ejerce sobre el globo, se dilatase el hidrógeno que contiene dentro hasta el punto de reventarlo. Ya ves cómo las obras del hombre que parecen mas grandes son insignificantes en presencia de las maravillas de la creacion.

—¿En tal caso podremos elevarnos muy poco?—La mayor altura á que han llegado los globos excede muy poco la de las montañas mas elevadas de la tierra. El aeronauta que mas se ha elevado es Gay-Lussac (1), y apenas se ha separado de la tierra cinco cuartos de legua.—¿De qué sirven pues los globos?—En primer lugar,

(1) Las ciencias han tenido una pérdida irreparable con la muerte de este sábio acaecida en el año último.



de recreo; despues para el estudio de la ciencia; y quien sabe si están destinados á prestar al hombre servicios inmensos, que no es dado prever á nuestro limitado entendimiento. Los aeronautas que hacen sus ascensiones ordinariamente ejercen un oficio arriesgado con el cual ganan su sustento, arrostrando mil peligros con una intrepidez y un arrojo admirables. Estos hombres deben inspirarte lástima, porque la necesidad les obliga á exponer su vida para procurarse los medios de conservarla ; pero guárdate bien de confundir sus nombres con los de los ilustres Charles, Biot, Gay-Lussac y otros, cuyas ascensiones no han tenido mas objeto que los progresos de la ciencia, el bien de la humanidad. Ya te he dicho que acaso los globos están destinados á prestar servicios á la humanidad.—¿Y cómo?—Ahora te lo explicaré.

A tí no te se ha ocurrido que una vez perfeccionados los globos podria hacerse uso de ellos para viajar.—¡Es verdad! ¡Qué pronto nos trasladaríamos de un punto á otro! ¿Y por qué no se viaja con los globos?—Por una razon muy sencilla: porque no se ha descubierto el modo de darles direccion: en el espacio de 57 años no han sabido hallar los sábios el secreto. El roce del aire con la inmensa superficie de un globo viajando con rapidez , debe ser mayor que el de las ruedas de una diligencia con la tierra, y se necesita un grande esfuerzo para superarlo. Se han hecho sin embargo varias tentativas para descubrir el medio de darles direccion, y actualmente creen algunos haberlo encontrado. Entre otros , un español, el Sr. Montemayor, está construyendo un aparato á que llama *Eolo* , con el cual presume viajar por el aire en cualquiera direccion.

—¡Ese señor será algun loco! ¿Cómo quiere averiguar lo que no se ha averiguado en 57 años?—No, hijo, no es un loco. Mas de cinco mil años pasaron los hombres sin descubrir los globos, y por fin se descubrieron. Poco menos tiempo se conservó el error de que giraba el sol alrededor de la tierra, y de que no existian las Américas, y por fin Copérnico y Cristóbal Colon nos sacaron de tal error. Uno y otro pasaron tambien por locos , y sufrieron persecuciones sin cuento , porque el orgullo y la vanidad de los hombres les hace considerar imposible lo que no alcanzan á comprender. Otro tanto pudiera decirte de infinitos descubrimientos.

El Sr. Montemayor ha dado á su aparato la forma de un pájaro, para imitar su vuelo chocando con el aire y oponiendo sus alas á las corrientes; dos globos pequeños, uno encima y otro debajo del aparato, deben sostenerlo en la atmósfera, y todo el restante mecanismo ha de servir para darle direccion. He oido hablar al Sr. Montemayor con mucha fé, y lleva adelante sus trabajos, despreciando las burlas de que es objeto. ¡Quizá tenga España la gloria de que uno de sus hijos logre ser el primero en surcar el océano de la atmósfera, asi como otro hijo adoptivo , Cristóbal Colon, surcó por primera vez los mares de Occidente para descubrir un nuevo

mundo! ¡Quizá, frustrándose su proyecto, tengamos un nuevo desengaño que venga á confirmar la impotencia del hombre!

Si el Sr. Montemayor lograse su intento, ¿quién es capaz de prever el cambio que habia de sufrir el mundo? ¿De qué servirian entonces las puertas en las ciudades? ¿De qué las aduanas en las fronteras? ¿De qué otra infinidad de cosas? ¡Acaso seria preciso agregar al consejo de ministros otro ministro de la atmósfera!

Diciendo esto, entraban en Madrid de vuelta de paseo padre é hijo. Este, que se llama Marianito, habia llegado pocos dias antes de una provincia donde es muy raro ver globos aerostáticos, y hubiera querido trasladarse en uno de ellos al lado de las personas que le han cuidado y de todos sus condiscípulos, para explicarles lo qué son globos y referirles las aventuras del viaje. Tambien manifestaba grande satisfaccion por los conocimientos que habia adquirido; y aprovechándose de esta circunstancia, le dijo el caballero: «Los niños estudiosos pueden aprender cosas utilísimas y muy curiosas que ignoran muchos hombres: conserva pues la aficion á saber que hoy has manifestado, y te prometo hacerte ver otro dia algunas de las maravillas de la naturaleza.»

Lo mismo decimos nosotros á los inocentes lectores de *La Aurora*, á quienes trasladaremos las lecciones del caballero.

C.



EJERCICIOS PARA EL NUMERO DE FEBRERO (1).

Análisis gramatical y lógico.

Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada aurora, que por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero D. Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y empezó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.

(Cervantes.)

ARITMÉTICA.

Problema 1.° La casa de Austria empezó á reinar en España por Felipe el Hermoso en 1506, y la de Borbon, que siguió despues, por Felipe V en 1700. ¿Cuántos años duró el reinado de la casa de Austria en España?

2.° ¿Cuál será la profundidad de un pozo, si el sonido de una piedra que se arroja en él tarda en oirse 5 segundos y $^1/_3$ despues de haberla arrojado, suponiendo que la velocidad del sonido es de 1,200 pies por segundo?

3.° Supóngase que en la construccion de una casa se han invertido 20,000 duros; que segun los requisitos con que se ha construido, su duracion media es de 100 años, y que al cabo de este tiempo tendrán los materiales un valor intrínseco equivalente al 10 por 100 del capital empleado en construirla. ¿Cuánto valdrá esta casa 36 años despues de su construccion?

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

(1) En todos los números de La Aurora habrá ejercicios fáciles y difíciles, á fin de que todos los niños puedan tomar parte en su resolucion y sean nuestros colaboradores. La resolucion se insertará en el número inmediato siguiente, con el nombre del niño ó niños que la hubieren encontrado. Rogamos pues á los padres que la remitan con oportunidad á esta redaccion en carta franca de porte.

Madrid: 1851.—Imp. de A. Vicente. Lavapies, 10.